



JESÚS CASQUETE (ed.): *Vox frente a la Historia*, Akal, Madrid, 2023.

En las revueltas aguas del escenario político actual, si hay un partido que destaque por su interés por la Historia de España ese sería Vox. Lamentablemente, su afición por evocar episodios del pasado nacional carece de compromiso alguno con la verdad factual y el rigor histórico, optando en cambio por la manipulación espuria e ideológica al servicio de objetivos políticos particulares. Basta con recuperar de su programa electoral la propuesta de un “plan integral para el conocimiento, difusión y protección de la identidad nacional y de la aportación de España a la civilización y a la historia universal, con especial atención a las gestas y hazañas de nuestros héroes nacionales”, para comprender cuán lejos se sitúa su concepción y terminología pseudohistórica del verdadero conocimiento científico del pasado.

Más allá de la exactitud en la exposición de los acontecimientos del pasado, y cada vez más conscientes de la brecha, inevitablemente mediada por el lenguaje, entre lo sucedido y el relato construido sobre lo sucedido, el interés por todas esas narrativas históricas generadas y recreadas a lo largo del tiempo por parte del discurso público se ha convertido en las últimas décadas en un campo de estudio historiográfico en auge y particularmente fructífero, tanto a nivel internacional como en la historiografía de nuestro país. La “política de la historia” (tema monográfico al que se dedicó precisamente el primer número de la revista *Historia y política* en 1999) abarca una diversidad de enfoques, desde el análisis de manuales escolares al recurso que en sus discursos hacen los actores políticos de distintos episodios y personajes históricos. Festividades, conmemoraciones, homenajes, símbolos y monumentos, y hasta las nomenclaturas del callejero urbano nos hablan de un relato histórico dominante, donde se ensalzan algunos aspectos y determinadas figuras del pasado, mientras otros se ven silenciados.

Este afán historicista, puesto a rodar en el siglo XIX acompañando a la tarea de consolidación, dotación de sentido y elemento cohesionador de los emergentes Estados nacionales (o al servicio también de otros nacionalismos reactivos en auge) vuelve a inundar ahora, en estas primeras décadas del siglo XXI, un debate público que, en ausencia de proyectos de futuro contundentes, pelea por su pasado, entre la

memoria democrática en busca de reparación y el revisionismo histórico pseudocientífico, que mitiga su falta de rigor con su éxito de ventas y público, y del que los elementos de la política más reaccionaria se sirven para tratar de imponer una única versión identitaria de la Nación, frente a identidades alternativas que se venden como amenazas.

Al análisis y denuncia de este uso y abuso de la historia por parte de una agrupación ultraderechista y ultranacionalista de reciente creación e inusitada implantación como es Vox, en la que destaca por encima de la insistencia en el discurso histórico su burda manipulación en la pugna política del presente, está dedicado este pequeño libro colectivo, que reúne la firma de un buen puñado de los más destacados historiadores españoles, bajo la coordinación y dirección del profesor Jesús Casquete, especializado en el área de Historia de las ideas y los movimientos sociales y políticos en la Universidad del País Vasco.

Vox contra la historia sigue la estela del homólogo francés *Zemmour contre l'histoire*, volumen colectivo de diversos historiadores publicado el pasado año (Gallimard, 2022) con la intención de desmentir los bulos históricos difundidos por el intelectual mediático y político ultraderechista del país vecino, Éric Zemmour. Jesús Casquete cuenta con una dilatada trayectoria consagrada al estudio de las políticas de la memoria, con especial énfasis en el culto a los mártires por parte de ideologías extremistas como el nacionalsocialismo alemán o el independentismo radical vasco. Dirigida ahora su atención, a través de la edición de esta obra colectiva y continuando una línea coherente con su campo de estudio abierto ahora a nuevas perspectivas, firma aquí el capítulo introductorio (“Extrema derecha e historia: a modo de introducción”), donde señala hacia una estrategia común en la llamada “batalla cultural” por parte de los grupos ultraderechistas y ultranacionalistas europeos, de Francia a Hungría, así como el capítulo séptimo (“El hilo épico de la historia”): la reconstrucción falseada de un relato nacional (que entronca con la narrativa historicista del XIX o el relato oficial impuesto durante el franquismo) en un contexto de la política entendida en términos schmittianos de “amigos” y “enemigos”, donde se subrayan los supuestos episodios heroicos, más cerca del mito y la leyenda que del conocimiento histórico riguroso, que servirían para sustentar determinados valores y mensajes que se busca transmitir en el presente proyectados hacia el pasado, urdiendo una suerte de genealogía continuista de una Nación con orígenes ancestrales. Así se forjan burdos paralelismos como el de la Reconquista medieval frente a la crisis migratoria de nuestra época, tachada en el discurso xenófobo de Vox de nueva “invasión musulmana”, mientras se tacha toda aproximación crítica al pasado por parte de los profesionales de la historia como de “antiespañola”.

Vox contra la Historia constituye pues un libro a medio camino entre la labor historiográfica del análisis del discurso político confrontado al conocimiento científico, pero también una obra de intervención pública que, mediante breves capítulos de fácil lectura donde el aparato bibliográfico queda reducido a un mínimo

imprescindible, aspira a llegar a un público más amplio que el exclusivamente académico, y se presenta no como un texto académico, sino como un “imperativo cívico” con el que combatir la desinformación y el falseamiento deliberado del pasado por parte de una nostalgia reaccionaria que va calando en una parte de la opinión pública e impregna el discurso más moderado de otras fuerzas conservadoras.

A esta llamada del profesor Casquete han respondido, como historiadores, pero también como ciudadanos, una docena de especialistas en distintos campos historiográficos, para abordar en cada una de sus contribuciones diferentes aspectos o episodios históricos (mal)tratados en el discurso de la formación de Santiago Abascal. Mateo Ballester Rodríguez aborda así el discurso reivindicativo de un “glorioso pasado nacional” en el marco de las guerras culturales que cobran cada vez mayor protagonismo en el debate político del siglo XXI; una reacción desde el “orgullo nacional” y los valores tradicionales, naturalizados, que trata de desmontar la supuesta “hegemonía cultural de la izquierda”, donde la revisión crítica de ese pasado con sus sombras es tachada de contraria a las esencias de la nación y enemiga de Occidente.

En ese relato de continuidad desde tiempos premodernos, urdido con la lógica reivindicativa de la salvación nacional y la expansión universal de la Nación que busca vincular el pasado más remoto (expuesto siempre en términos positivos y acríticos) con los desafíos del presente, se privilegian ciertos episodios históricos y se omiten otros. Los héroes e hitos históricos de Vox son Pelayo y Covadonga, la Reconquista y los Reyes Católicos; estos temas son tratados por los profesores Alejandro García Sanjuán en su capítulo dedicado a la Reconquista (término decimonónico de amplio éxito global ahora que cumple la función de concebir España como una “nación forjada contra el Islam”, y cuya reivindicación simbólica va desde arrancar sus campañas electorales en Covadonga, cuna de la Nación, a proponer por doquier la oficialidad como festivos fechas relacionadas con aquel proceso largo y heterogéneo reducido ahora a una cruzada de liberación nacional, como con la toma de Granada del 2 de enero), y por Ana Isabel Carrasco Manchado en su contribución sobre el papel de los Reyes Católicos en la propaganda de Vox: incidiendo en los paralelismos de la retórica de Vox con los actos y discursos falangistas, de Pilar Primo de Rivera o el propio Franco, en la exaltación de Isabel la Católica, único ídolo femenino declarado de Abascal, que habría tomado el relevo directamente de las manos de Don Pelayo para culminar aquella empresa evangelizadora y extenderla por el mundo hasta los territorios americanos, en la mayor gesta, no ya de la historia de España, sino de “la humanidad”.

En ese clímax de la universalidad del Imperio español, desde un relato histórico con tintes mesiánicos y providencialistas, sobresale la configuración de la Hispanidad como bisagra entre la identidad nacional medieval y su proyección moderna y, por tanto, ámbito natural de lo español. Una comunidad que se extendería a ambos lados del océano (y que Vox intenta revitalizar políticamente con su propuesta de una

Iberoesfera de las fuerzas reaccionarias frente a la alianza de los partidos latinoamericanos de izquierdas), con un espíritu común (una raza que no es de sangre, sino de valores civilizatorios, culturales y religiosos), y que como sostiene Jose María Portillo en su capítulo dedicado a la concepción de los nativos americanos, no se plantea desde el pluralismo étnico, el mestizaje o la diversidad cultural, sino de acuerdo a un canon predeterminado, basado en la fusión y la asimilación en la identidad hispánica, rehuendo tanto la “leyenda negra” como el indigenismo.

El final del Imperio supone para Vox el fin de esa historia gloriosa a reivindicar —y tratar de recuperar como proyecto político. Tal vez por ello sorprende en esta obra colectiva el desequilibrio presente entre las escasas contribuciones relativas a ese periodo y las más numerosas centradas en el periodo contemporáneo, por el que el partido ultraderechista acostumbra a pasar de puntillas. A Vox no le interesa el liberalismo del siglo XIX, constructor, ahora sí, del Estado-Nación español, tal y como pone de relieve el capítulo del profesor Juan Luis Simal, porque la nación en la que cree Vox nace en Covadonga, como hemos visto, y no en Cádiz. Los constitucionalistas de 1812 no tienen cabida en su panteón, y la soberanía nacional entonces proclamada es instrumentalizada por Vox de forma falaz, subsumida a la guerra de Independencia (entendida exclusivamente como contienda frente al extranjero, y no como movimiento revolucionario de emancipación también de las tutelas del Antiguo Régimen), y reivindicada solo en términos de unidad nacional y como baluarte frente a los separatismos y la Unión Europea.

Javier Moreno Luzón analiza en su capítulo la relación de Vox con la monarquía y los símbolos nacionales: del ensalzamiento y pretendido monopolio partidista de la bandera o el himno cuya protección jurídica reclaman maximizar, a su más compleja relación con la Corona, entre el esencialismo y la accidentalidad, entendida solo como al servicio de la unidad nacional, por encima incluso del orden constitucional. Marcela García Sebastiani ahonda el análisis de la relación con los símbolos nacionales centrándose en la celebración del 12 de octubre que vendría a situar el núcleo de la identidad nacional en la empresa imperial, y que el partido de Abascal instrumentaliza como escenario para la polarización política en busca, nuevamente, de la apropiación de los símbolos comunes. Completa esta sección el capítulo de Xosé María Núñez Seixas, dedicado al análisis de la idea de nación y el nacionalismo español que articula su ideología por encima de otras consideraciones. Un nacionalismo esencialista que ha sabido en este siglo desprenderse en buena medida del lastre falangista y franquista, intensificándose frente a supuestas amenazas interiores y exteriores (nacionalismos periféricos o globalismo), y en el que la historia no busca conocer ni comprender, sino movilizar emociones, por lo que aparece solo como el lienzo donde se proyectan valores y marcadores culturales elegidos, a la búsqueda de un futuro en el pasado.

Los siguientes tres capítulos, firmados por Julián Casanova, Matilde Eiroa San Francisco y Zira Box, abordan distintas vertientes de la memoria de la Guerra Civil

y el franquismo en el discurso de la nueva extrema derecha. El profesor Casanova tacha la visión general de la Historia de Vox, más interesada por las glorias del poder que por las vicisitudes del resto, directamente de “propaganda neofranquista”, con una relación de todos los tópicos sobre la guerra: el terror frentepopulista, la quema de conventos, Paracuellos o el dominio soviético, recuperando así el relato impuesto por los vencedores y desechando todos los avances historiográficos habidos en democracia. Esta nueva puesta en circulación de narrativas propagandísticas ya superadas no respondería tanto a la labor de desmontaje por parte de los historiadores profesionales, con escasa difusión entre el gran público, sino al fenómeno surgido con el cambio de siglo de la memoria histórica y las reclamaciones de reparación por parte de las víctimas, tras décadas de silencio. La reactualización del viejo relato emprendida por Vox como reacción a las políticas de la memoria democrática no se sirve, sin embargo, de las fuentes tradicionales de historiadores franquistas, sino de una nueva oleada de divulgadores no profesionales de corte conservador, hasta convertir la historia no en una materia de conocimiento, sino en una pugna por enfrentar dos relatos antagónicos del pasado.

La normalización de la dictadura franquista, por su parte, que Vox intenta soslayar en su discurso sin condenarla en absoluto, es el tema en el que se centra el capítulo de la profesora Eiroa San Francisco: a través de un exhaustivo análisis de los tuits de la formación y sus líderes, se comprueba las escasas menciones a Franco, salvo para atacar el traslado de los restos del dictador del Valle de los Caídos o ironizar sobre la “obsesión” de la izquierda con el franquismo. En esta ocasión, sí se pide que la Historia se deje a los historiadores, y que se deje de remover el pasado, que en otros episodios tanto gustan de ensalzar. A nivel local, sí se han podido escuchar alabanzas más explícitas por parte de cuadros medios, sabedores de que aún existe un gran nicho electoral entre los sectores sociales beneficiados por el régimen. Porque si bien buena parte del partido halla sus raíces ideológicas y sociológicas en el nacionalcatolicismo, con el que comparten buena parte de sus valores tradicionalistas, se omiten los enaltecimientos más explícitos de un periodo que, a fin de cuentas, estuvo exento de toda épica.

Zira Box aporta un original enfoque, con un estudio del canon de la historia de la literatura española reivindicado por el partido de extrema derecha, en línea con su defensa a ultranza de la lengua castellana frente a otras lenguas del Estado. Del Arcipreste de Hita al autor de *Marcelino, pan y vino*, el listado de obras escogidas por Vox se mantiene en un canon esperable, con énfasis en los autores clásicos más libres de controversia, pero con espacio también para ciertas autoras y nombres alejados de su línea ideológica como Laforet o Lorca. La profesora Box centra su análisis, no obstante, en la inclusión de una obra del falangista Agustín de Foxá, la novela testimonial y propagandística *Madrid, de corte a checa* (1938), que lleva a la historiadora a concluir con un oportuno interrogante: qué identidad y qué idea de nación se busca apuntalar con una incorporación semejante.

A modo de epílogo, Eduardo González Calleja repasa la más reciente polémica en torno a la retirada de las placas y nombres del callejero madrileño de dos líderes históricos socialistas como fueron Largo Caballero e Indalecio Prieto a propuesta del partido ultraderechista. En su calidad de ponente del informe firmado por numerosos y prestigiosos historiadores que desmontaba con datos y fuentes los supuestos motivos que habían llevado a su retirada del espacio urbano, y aceptado como prueba pericial en los sucesivos juicios que enfrentaron a la UGT, la Fundación Largo Caballero y el grupo socialista con el Ayuntamiento liderado por Martínez Almeida, el profesor González Calleja traza el periplo a través de distintas instancias judiciales del recurso socialista, a los que la justicia finalmente ha dado la razón, conminando al Ayuntamiento a su reparación, restitución que por el momento no se ha llevado a cabo.

Como no podía ser de otra manera en una obra que apuesta por la brevedad, no están todos los que son y es muy probable que el lector eche en falta más de un episodio histórico; no solo de aquellos reivindicados por la formación política, sino también de los que se afanan en combatir (por ejemplo, la campaña emprendida en Castilla y León contra toda conmemoración relacionada con la memoria de los comuneros). Las fuentes utilizadas en este trabajo colectivo abarcan de los discursos políticos de los diferentes líderes políticos del partido a publicaciones en redes sociales o sentencias judiciales, pasando por informes y documentos de las fundaciones afines a Vox, artículos de prensa, programas electorales o todo tipo de escenificaciones simbólicas. Entre ellas destaca el espectáculo que, con motivo de la fiesta de octubre de 2022 y bajo el título “La Historia que hicimos juntos”, teatralizaba con figurantes disfrazados y de forma más bien grotesca ese relato nacional que pasa de abuelos a nietos, fabula con reinas y caballeros heroicos, y lega finalmente al niño, a través de los siglos, aquella espada de Santiago matamoros.

Una relato histórico, en fin, moldeado en torno valores marciales en el que se ningunea peligrosamente cualquier atisbo de logros y avances sociales o conquistas democráticas, utilizado para proyectar en el presente un nacionalismo reaccionario; un discurso que en todo caso no resulta secundario ni baladí en el debate político, pues si bien este tipo de formaciones reaccionarias no suelen alcanzar el poder o, en caso de hacerlo, se ven impedidos para aplicar sus propuestas más extremas, van logrando que distintos planteamientos de su ideario penetren en la opinión pública, calen en la agenda política y sean asumidos por formaciones más moderadas, por lo que trabajos como el que aquí comentamos se vuelven cada día más urgentes y necesarios.

Nere Basabe Martínez

Universidad Autónoma de Madrid

nere.basabe@uam.es